

NOVENARIO

DE

MARÍA SANTÍSIMA DE LOS DOLORES⁽¹⁾.

SERMON PARA EL PRIMER DIA.

*Bajulans sibi crucem exivit in eum, qui
dicitur Calvariae locum.*

Tomando sobre sus hombros la Cruz
salió para el lugar llamado Calvario.

Joan. cap. XIX, v. 17.

Dios, cuya providencia atiende á todos los seres criados, gobernando el universo en peso, número y medida, ha permitido dejarnos reunir, como en los años anteriores, bajo las bóvedas de este agosto santuario, para que en espíritu acompañemos á su Madre y nuestra, meditando atentamente los terri-

(1) No obstante que en el tomo II de esta obra hemos dado un Setenario de Dolores, según el orden con que se acostumbra á predicar, dando principio por la *Profecía de Simeon*, nos ha parecido oportuno, atendiendo á las indicaciones que nos han sido hechas por algunos señores eclesiásticos, formar este Novenario arreglado á los puntos con que suele celebrarse en el Arzobispado de Toledo y en otras partes. Aprovechamos en él los períodos que pueden utilizarse del Setenario, á los que haremos referencia.

bles dolores, las incomprensibles angustias que hubo de experimentar su corazón amante al par de la divina víctima del Gólgota, al efectuarse los grandes misterios de la Redención de la humanidad. Bendigamos al Señor y cantemos su misericordia. Cuando la inexorable muerte, que se pasea tranquila desde el palacio del monarca hasta la choza del pastor, inmolando víctimas, así en las cunas infantiles como en los lechos de la ancianidad, ha arrebatado de entre nosotros á una multitud de personas de las que en años anteriores nos acompañaban en estos piadosos ejercicios, Dios ha querido conservarnos la vida, exigiéndonos de nuevo este tributo de amor y relevante prueba de gratitud.

No daré, pues, comienzo á la serie de discursos que debo pronunciar, y que han de ser objeto de vuestras atenciones durante el Novenario que inauguramos al presente, sin dirigiros un consejo con la autoridad que me da mi sagrado ministerio y haceros algunas advertencias. Se reduce el consejo á que procureis venir animados por un espíritu verdaderamente cristiano y que no tomeis la asistencia á estos piadosos ejercicios como un pasatiempo ó una costumbre: cuando vuelva á celebrarse este Novenario en el año próximo, alguno de los que me escucháis, tal vez yo mismo que os dirijo mi voz, habremos dado cuenta ante el recto tribunal de la divina justicia: ¿no es verdad que entonces quisiéramos haber sido buenos cristianos, habernos aprovechado de la sana doctrina que tantas veces oímos predicar, y en suma, haber merecido la protección de la Santísima Virgen María por una sincera y verdadera devoción? Pues hagamos ahora lo que entonces quisiéramos

haber hecho. Las advertencias son consecuencias necesarias del consejo. ¿Pensais acudir al templo ansiosos de escuchar bellezas retóricas, galanura de lenguaje, en suma, discursos floridos que no obrando nada en el corazón, deleiten el entendimiento? Desde luego os advierto que es completamente vana vuestra espectacion. Aunque mi limitada inteligencia y escaso saber me lo permitieran, jamás haria del templo de Dios una academia, ni por mas que conozca el gusto éstragado de no pocos de los que hoy acuden á oír sermones, me tomaria la libertad de despojar de su gravedad á la verdad evangélica, declamando en vez de predicar. Conozco, mis señores, la grandeza de mi ministerio y el respeto debido á la casa de mi Dios.

La dolorosa Madre en cuyo honor nos hallamos congregados, exige de mí, pura enseñanza para el pueblo fiel que ha de escucharme, y de vosotros quiere, sea cualquiera vuestra posicion ó estado, atencion y docilidad.

Deseando, pues, por una parte hacer fijar vuestras atenciones hácia el grande objeto de nuestra reunion, y por otra defender la verdad católica contra la moderna incredulidad, he determinado dividir en dos partes cada uno de los discursos, dedicando la primera á la consideracion del dolor de la Santísima Virgen, y la segunda á fortalecer vuestra fé en un cuerpo de doctrina que nos llevará desde la existencia de Dios hasta la esplicacion de lo que debemos obrar para conseguir la salvacion eterna; y no dudo, señores, que si teneis la paciencia de asistir al curso de mi predicacion, al fin de ella, el incrédulo reconocerá que no hay verdad fuera de Jesucristo, su

Iglesia y su doctrina; y el hombre de fé se habrá afirmado mas en ella, y bendecirá la Providencia, que le ha hecho nacer en el seno del cristianismo. Y cuenta, señores, que esta confianza no la fundo en mis fuerzas, que son débiles, sino en Dios que da virtud á las palabras del que evangeliza.

No creo podamos emplear mas útilmente el tiempo, tanto mas cuanto que así complaceremos á esa Virgen purísima, Reina de los Mártires, tan interesada en nuestra salvacion. Vamos, pues, á ocuparnos en este primer discurso del dolor de la Santísima Virgen siguiendo los pasos á su divino Hijo por el camino del Calvario, y esto dará materia á la primera parte del discurso, dedicando la segunda á demostrar la existencia de Dios.

Imploramos ante todo los auxilios de la divina gracia, por la intercesion de nuestra Reina y Señora. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

Tuvieron cumplimiento por fin los vaticinios de los Profetas en orden, etc., etc. (*To lo como en la página 407 del tomo II, hasta la línea 29 de la página 412 donde dice, afectos de tierna compasion. En seguida se añadirán estas palabras:*) Vamos ahora, segun lo que hemos ofrecido, á ocuparnos del punto capital de nuestras creencias religiosas, que es la existencia de Dios, asunto de mi segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

¿Cual es, señores, la causa de haber yo tomado la palabra en este recinto? Si estiendo la vista en derredor descubro frentes de todas las edades: hombres encanecidos en cuyos rostros se advierten las huellas de las fatigas de cien combates: otros que dedicados continuamente á los negocios, los suspenden gustosos estas horas para rodear la cátedra de la verdad: jóvenes en suma, animados por las emociones de los estudios literarios, y que puede decirse se hallan en la primavera de la vida. Todos permaneceis silenciosos. Pero si yo os preguntase ¿qué esperais de mí? ¿Qué exijís? ¿Qué deseais? ¿De qué teneis necesidad? Desde luego me contestariais: «Buscamos la verdad.» En este caso, á los que continuamente os agitais formando planes que no veis realizados, corriendo en pos de una felicidad que no encontrais, tendré un derecho á contestaros: ¿Buscáis verdad? Luego no la poseeis. Haceis bien, viniendo á buscarla: deseais saber y justo es que seais enseñados. La verdad no la recibireis de lábios de esos semi-sábios ó charlatanes de oficio que con pomposo estilo y retumbantes frases, con floridos discursos y buscadas espresiones, lleva vuestra imaginacion á un mundo de ilusiones, y negando hasta la existencia de Dios, quieren hacer de la razon un Dios.

La verdad, solo puede herir vuestros oidos de lábios del sacerdote, porque al sacerdote es á quien única y esclusivamente toca el enseñarla: «Id y enseñad á todas las naciones» dijo Jesucristo que es la verdad por esencia, pero no á los sábios y doctores, á hombres

encanecidos en el conocimiento de las ciencias, sino á hombres que nada sabian y estos hombres toscos é ignorantes, estos hombres al parecer idiotas, cumpliendo con la mayor exactitud el soberano mandato, abandonaron patria, familias, amistades, lengua natal, en una palabra, todo lo que constituye la esperanza y las ilusiones de la vida, y llevan el conocimiento de la verdad hasta los últimos confines de la tierra. Ya tendremos ocasion en uno de los siguientes discursos de hablar de los triunfos de la predicacion. Al presente, solo os diré: «No os admireis que de solo la Iglesia, que solo del sacerdocio católico podais escuchar la verdad. El mismo que dijo á sus apóstoles: «Id y enseñad á todas las gentes,» dijo al Príncipe de todos ellos: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.» En estas palabras descansa nuestra conciencia. Ellas nos aseguran que estamos en la verdad estando en la Iglesia: por ellas conocemos nuestra dicha en vivir en la unidad católica, en Pedro, y dirigidos por Pedro, siempre viviente en la persona del Romano Pontífice.

Desgraciadamente hemos llegado á unos tiempos, en verdad, calamitosos: cuando el mundo oye atento la palabra de Jesucristo, de ese Jesucristo Hijo de Dios que ha dicho: «Yo soy el camino, la verdad y la vida.» Cuando el estandarte de la Cruz se eleva magistoso sobre las mas altas torres y pirámides, al par que adorna como trofeo de triunfo la diadema de los reyes y emperadores: cuando cerca de diez y nueve siglos de victorias obtenidas sobre las mas terribles y sangrientas persecuciones, y esto sin otras armas que la persuasion de la palabra, prueban suficientemente

la divinidad de Jesucristo y la verdad de su religion santa y adorable, se forma empeño en resucitar antiguas doctrinas condenadas por impías para combatir al Bienhechor del género humano, al que descendió del cielo para realizar en su Persona todas las Profecías consignadas en las páginas del Testamento Antiguo, en una palabra, al que siendo Dios, impulsado por su amor á la humanidad, se revistió de nuestra humana naturaleza para padecer y morir en cuanto hombre por salvar al hombre.

Pero ello es, mis señores, que si solo la risa y el desprecio pueden escitar en los que saben discurrir, esas modernas doctrinas administradas á la juventud en libros y folletos, en su mayor parte importados del extranjero, porque sea dicho en honor de los escritores españoles, jamás con rarísima escepcion, hacen gala de impíos ni comercian con las conciencias; estas doctrinas estendidas por todas partes, no pueden menos de sembrar la duda y la desconfianza en las almas mezquinas, ó sea de aquellas que carecen de una sólida instruccion. Ved aquí, mis hermanos, el motivo del giro que me he propuesto dar á una parte considerable de los discursos de este Novenario. Poco adelantariamos con considerar los grandes misterios que la religion nos recuerda, y con dedicarnos tan solo en estos dias á contemplar los grandes dolores y amarguras que hubo de experimentar la Santísima Virgen, en la Pasion y muerte de su divino Hijo, si no tratáramos de fortalecer la fé religiosa, y satisfacer las necesidades perentorias de la época, difundiendo la verdad católica. Conozco que la mayoría del auditorio que me honra con su atencion, y que acudirá en los dias siguientes á oír mis discursos, es eminentemente ca-

tólico: me es esto altamente satisfactorio. Sin embargo, el convencimiento de uno solo en cuyo corazon reine la duda debe á todos interesar profundamente. Ahora bien: como las verdades católicas están tan sumamente enlazadas que no se puede negar una sin hacer pedazos esta hermosa cadena; empeñemos hoy, segun lo ofrecido, por la primera verdad, fundamento de todas las demas. La existencia de Dios.

Hé aquí, señores, una verdad que no necesita demostracion para el hombre dotado de razon. Sin embargo, y aunque sea faltando en algo á las reglas de la oratoria, presentaremos ante todo, argumentos de razon. Bástanos, señores, elevar nuestra vista al firmamento y contemplar la azulada bóveda que tachonada de brillantes astros arrebatara nuestras atenciones, para venir en conocimiento de la existencia de un Dios Creador: el Sol, ese monarca de los astros, cuyos rayos iluminan la tierra y vivifican al hombre y á las plantas; esos montes colocados con tanta estabilidad.; esos dilatados mares que encierran en su seno tantas preciosidades, que levantan espumosas olas como montañas, y que un solo grano de arena puede contenerle en las playas, pues que no traspasan los límites que les han sido señalados; esos prados cubiertos de odoríferas flores; la prodigiosa reproduccion del grano que la mano del hombre arroja sobre la tierra; las preciosas aves que vestidas con plumas de mil colores, arrebatan nuestra admiracion con sus armoniosos trinos; el sábio mecanismo de nuestro mismo cuerpo, ¿no nos revela con un lenguaje mudo pero elocuente la existencia de un *Ente in se*, de un Dios por quien existimos, nos